



HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

FESTIVIDAD DE SAN JUAN DE ÁVILA 2009

Queridos sacerdotes que celebráis este año vuestras bodas de oro y plata de la ordenación sacerdotal.

Queridos familiares que habéis querido acompañar a los vuestros en este día tan señalado para ellos.

Querido presbiterio diocesano, seminaristas y hermanos todos.

Hoy estamos de fiesta y nuestra celebración festiva tiene esta doble motivación:

- Por una parte, honrar San Juan de Ávila, Patrono del Clero Secular Español.
- Por otra, unirnos a la alegría y a la acción de gracias que estos hermanos sacerdotes que este año celebran sus bodas de oro o plata de su ordenación sacerdotal elevan muy especialmente al Padre por su sacerdocio, y su fidelidad durante todos estos años al servicio de Dios y de los hermanos.

De San Juan de Ávila no vamos a pararnos a recordar su vida y su biografía, porque la hemos escuchado y leído repetidas veces y la conocemos sobradamente.

Pero sí voy a pararme y fijarme una vez más en sus virtudes, porque ellas son siempre una llamada importante para nosotros, y suscita en nuestras vidas determinados interrogantes para vivir como creyentes nuestra identidad y misión como sacerdotes.

A mí me llaman especialmente la atención de San Juan de Ávila, tres cualidades, tres virtudes muy importantes para nosotros como sacerdotes:

1.- Él fue un gran orador:

Sus biógrafos nos dicen que atraía con su predicación a grandes multitudes que querían escucharle. Es gran orador debido a que reúne en su persona y en su vida dos aspectos muy importantes para todo creyente y especialmente para todo sacerdote:

- El conocimiento de la Sagrada Escritura, pues era un gran conocedor de la Palabra de Dios.
- Era profeta y testigo. Arrastraba multitudes porque lo que decía con la palabra lo corroboraba con la vida.

Esta faceta de orador y, mejor, de transmisor de la Palabra de Dios, nos toca de lleno a nosotros como sacerdotes y cuestiona nuestra vida y nuestra misión pues continuamente dirigimos la Palabra y hablamos de la Palabra de Dios a los demás. El sacerdote debe ser el gran especialista de la palabra de Dios

Juan de Ávila conoce perfectamente esta Palabra de Dios y la predica de tal forma que une a la palabra dicha, la palabra vivida, siendo testigo en su vida de lo que dice en su palabra. Este conocimiento y esta forma de predicarla que observamos en San Juan de Ávila nos llevan inevitablemente a hacernos varias preguntas:

- ¿Cómo ejercemos nosotros el ministerio de la Palabra? ¿Cómo cuidamos nosotros nuestra formación, nuestra preparación cuando nos dirigimos a los demás para explicarles y darles a conocer esta Palabra?
- ¿Cómo y en qué medida estamos siendo consecuentes en lo que decimos con lo que vivimos? ¿Unimos en nosotros palabra dicha y vivida?

2.- Otra gran virtud de nuestro santo es su gran amor a la penitencia y a la Cruz:

Él era consciente de que el ministerio para el que había sido llamado llevaba necesariamente la cruz, lo aceptaba de buen grado y lo vivía con verdadero espíritu. Tenía muy presentes aquellas palabras de Jesús: *El que quiera seguirme que tome su cruz y me siga*, o aquellas otras: *Si a Mí me han perseguido también a vosotros os perseguirán*, o las otras: *Os envío como corderos en medio de lobos*. Desde esta perspectiva y con este convencimiento aceptó todo lo que de cruz y sacrificio suponía para él el ministerio sacerdotal.

Nosotros, tantas veces, sentimos que en nuestro ministerio la Cruz se hace presente con mucha frecuencia: que se nos infravalora, que no tienen resonancia en la vida de los fieles los esfuerzos que hacemos, que el ministerio nos pide determinadas renunciaciones.

A veces nos olvidamos de que hemos sido llamados a evangelizar desde la Cruz y nos inquieta y desazona el poco fruto que obtenemos a pesar del mucho esfuerzo que ponemos; igualmente lo hace el rechazo de mucha gente hoy a nuestras llamadas. Hemos de tener muy presente esta realidad pues somos llamados a evangelizar desde la Cruz y lo tenemos que hacer como quien sabe que la victoria la tenemos garantizada, porque Cristo también nos dice: *“No os preocupéis, yo he vencido al mundo”, “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”*

3.- San Juan de Ávila era un hombre para quien la oración era el fundamento y el sostén de su vida:

Dicen sus biógrafos que dedicaba cuatro horas al sueño y seis a la oración.

Nosotros estamos convencidos teóricamente de que la oración es absolutamente necesaria e imprescindible. Desde las dificultades que tiene la vida del sacerdote y desde la propia fragilidad, la oración es algo esencial en la vida de todo sacerdote. Sin embargo tenemos que reconocer que no siempre, en la práctica, le damos esa importancia.

La oración es para el sacerdote una verdadera escuela:

- En la que aprende a poner su confianza no en sus logros sino en Dios;
- Donde alimenta permanentemente la acción;
- Donde experimenta la bondad, la misericordia, el perdón y el amor incondicional de Dios;
- Donde aprende a contemplar a Jesús y su manera de actuar;

La segunda motivación importante de esta celebración es acompañar a estos hermanos que celebran este año sus bodas de oro y plata sacerdotales.

Celebrar las bodas de oro y plata del sacerdocio, queridos compañeros sacerdotes, es celebrar la bondad y el amor de Dios que os ha acompañado, día a día, durante todos estos años a su servicio.

Cuando nos reunimos en este día para acompañaros a quienes celebráis las bodas de oro y plata de vuestra ordenación sacerdotal lo hacemos con una triple intención:

a.- Unirnos a vuestra alegría:

Alegría porque mirando un poco hacia atrás nos damos cuenta que nuestra vida está cargada de momentos inolvidables, que ha habido sacrificios, momentos de dificultad, pero ha habido también muchas satisfacciones y momentos de felicidad al servicio de Dios y de los hermanos, los cuales son motivo más que suficiente para poder celebrar este día y este aniversario con auténtica alegría.

b.- Unirnos a vuestra gratitud y agradecimiento:

Gratitud y agradecimiento, en primer lugar, a Dios. Una lectura creyente de la vida de cada sacerdote nos hace ser conscientes de que Dios ha estado siempre presente en nuestra vida, que Dios ha sido siempre ese Compañero, ese Amigo infatigable que nos ha acompañado en todos los momentos de nuestra vida, cuando ésta nos sonreía y cuando el ministerio y la tarea pastoral se nos hacía más cuesta arriba.

Gratitud a Dios porque somos conscientes de que nuestra historia personal y sacerdotal ha sido una constante historia de amor, desde la elección y la llamada por parte de Dios, nuestra respuesta positiva a su llamada, y todos y cada uno de los momentos de su vida.

El sacerdote, es verdad, es ese ser humano que experimenta su flaqueza frente a la llamada de Dios, frente a la sublime misión que se le encomienda, pero que -confiando en la gracia y apoyados en ella y no en su propia fuerza- pronuncia tembloroso su "*aquí estoy, mándame*", sabiendo que en todo momento seguirá contando con la fuerza de este Espíritu que le ayuda, le alienta y le da fuerza en su debilidad, para responder con generosidad a su entrega a Dios y a los hermanos. Gratitud, por tanto en primer lugar a Dios.

También gratitud y agradecimiento a los demás: A través de la vida son muchas las personas que Dios pone en el camino de la vida de cada sacerdote. Ellas son estímulo, apoyo y ejemplo para la entrega personal del sacerdote.

Lo ha sido la familia, que ha estado ahí siempre a nuestro lado y nos ha alentado y nos ha animado y ha sufrido y gozado con nosotros y que hoy también os acompaña. Nunca agradeceremos suficientemente a la familia tanto amor, tanto cariño como ha tenido en nosotros.

Son tantos sacerdotes, cuya vida ejemplar ha servido de testimonio para otros sacerdotes.

Tantos laicos como nos acompañan a desempeñar con ilusión, entrega y compromiso nuestra identidad sacerdotal y que a la vez que nos impulsan, cada día, a un compromiso mayor, nos apoyan y estimulan con su palabra y con su colaboración en la misión.

Esta celebración anual quiere ser, también, expresión de la gratitud y agradecimiento por parte de todo el presbiterio diocesano a vosotros, sacerdotes, que celebráis las bodas de oro y plata, por la fidelidad a la vocación, por la fidelidad al compromiso con Dios y con los hermanos, durante todos estos años.

Sois un estímulo y una llamada para todos los demás sacerdotes a seguir siendo fieles a los compromisos contraídos el día de vuestra ordenación sacerdotal y mantenido a lo largo de toda la vida.

Esta celebración anual quiere ser, también, llamada para aquellos jóvenes que puedan sentir hoy la llamada de Dios al sacerdocio y que sienten miedo ante esta sociedad en la que los valores del Evangelio tienen una baja cotización.

La vida, la fidelidad y la entrega de estos sacerdotes que celebran el aniversario de su sacerdocio son la afirmación y proclamación clara de que ser sacerdote merece la pena, que es posible mantenerse fieles y ser felices a pesar de las dificultades.

3. Unirnos a vuestra oración:

Una tercera motivación es la oración con y por vosotros, para que el Señor siga cuidando de vuestras vidas, para que os siga dando fuerza, porque el sacerdocio es para siempre, para seguir siendo fieles y respondiendo cada vez con más autenticidad a la exigencia de su vocación.

¡Enhorabuena a todos cuantos este año celebráis vuestras bodas de oro y plata y contad siempre con nuestro apoyo, y nuestra oración!

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria